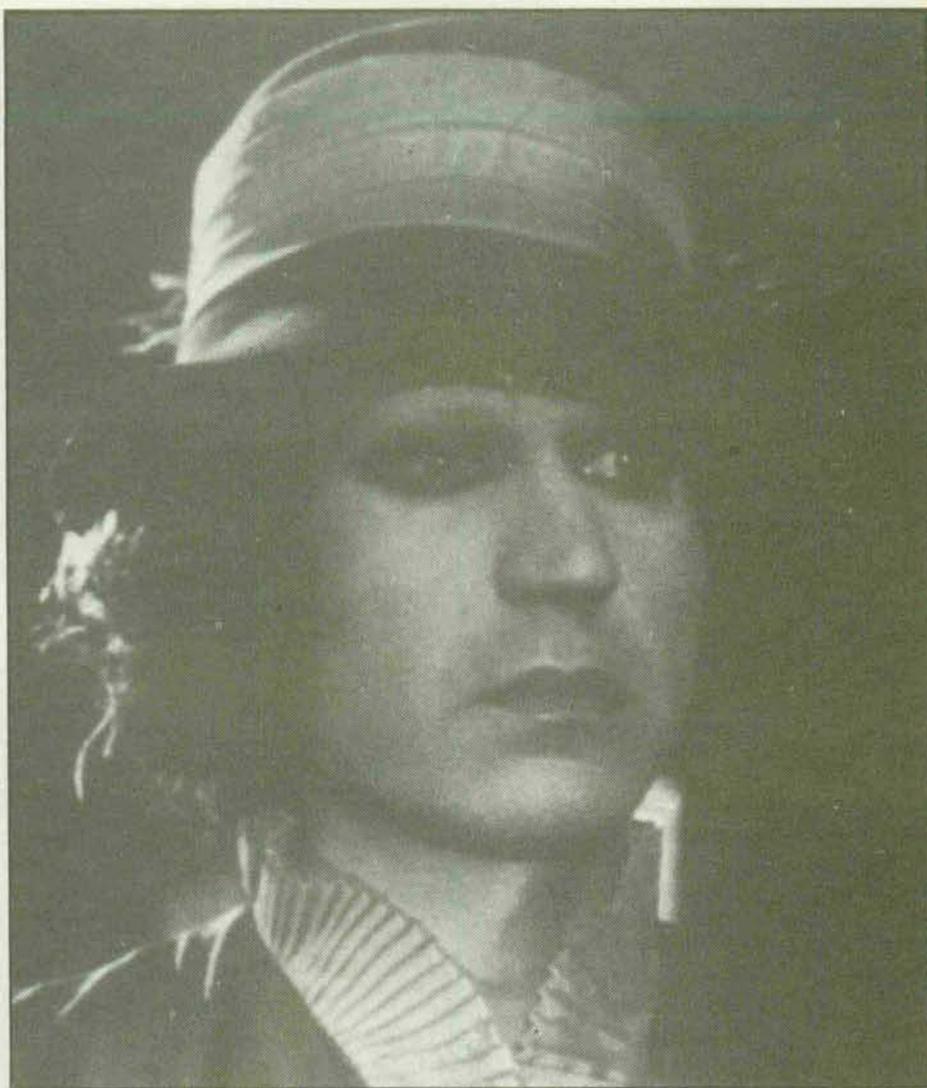


Olga Ramos, y yo creo que —con unas pocas más tablas— podría desbancar a esta señora en su papel de reina de las noches madrileñas.

En «El Diputado», del señor de la Iglesia, también hay una madre: el Partido. Un partido de izquierdas, sin determinar, que es absolutamente ciego para las actividades amorosas de su representante en el Senado, y que incluso va a elevarle al cargo de Secretario General sin saber nada de su vida privada. Lo inverosímil es aquí absoluto: el señor Sacristán —sí, también está aquí, y más acartonado que nunca— pasea con su chulo por parques y avenidas como un ciudadano normal, sin vigilancia alguna, expuesto, claro, a lo que le pasa: que la **extrema derecha** —más siniestra que al natural— aproveche sus deslices eróticos para chantajearle y hundirle la vida. «El Diputado» es el mayor conjunto de absurdos y disparates que he podido ver últimamente. Ahora bien, hay algunas escenas —clasificadas «S»— que pueden ser interesantes para quien tenga vocación de voyeur.

Hasta aquí y hasta ahora nadie nos ha contado la vida del homosexual de verdad: del que va a bares gays, frecuentador de guetos; del marica ni rico, ni político, ni travestí, ni terrorista. En fin, del hombre



de la calle, con sus problemas, con sus vivencias a veces trágicas y a veces divertidas. Nadie nos ha hablado de por qué es terrible amar a alguien de su propio sexo, de quién es el responsable de la imposibilidad del amor y del deseo en una sociedad que hace poco ha empezado a ser permisiva. Ni Olea, ni de la Iglesia, ni tam-

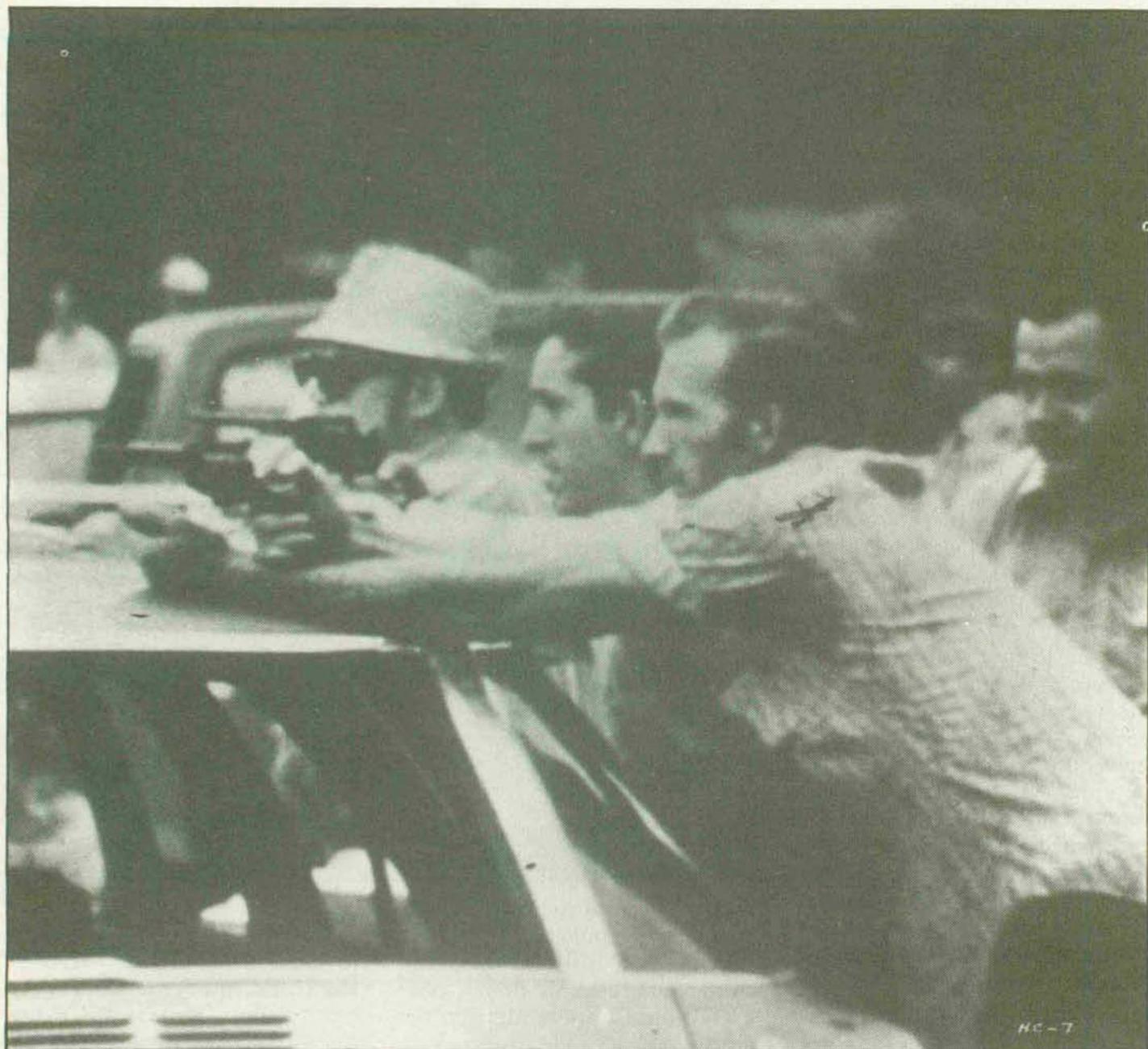
poco Chávarri —aunque éste se acerque un poco más— han analizado de verdad, y en profundidad, un tema tan rico y tan trágico. Pero todavía me queda la esperanza de que alguien lo haga, y no sólo con honestidad —repito que no creo a Olea ni a Eloy de la Iglesia deshonestos—, sino con inteligencia. ■ E. H. I.

«Harlan country USA»

Diego Galán

Es comprensible el escepticismo que muchos sienten ante la idea de que el cine norteamericano pueda ofrecer una perspectiva sobre la realidad histórica alejada de mixtificaciones, falsedades y trampas ideológicas. Son infinitas las películas norteamericanas que han aprovechado un pasaje histórico para canalizar una reaccionaria visión del mundo. Mucho más que un mínimo interés por la verdad his-

tórica, interesaba en estas películas la propagación de consignas alienadoras. Es decir, el mundo de los valores propuesto —desde un punto de vista político o moral— debía servir a los inmediatos intereses de la política norteamericana, a la defensa de la conservación del orden capitalista. Si se quiere, desde la legendaria «El nacimiento de una nación», de Griffith, hasta «Patton», de Shaffener, pasando



por las idealizaciones espectaculares de Cecil B. de Mille, eso ha sido, salvo extrañas excepciones, el cine norteamericano.

Sin embargo, otro cine vendría durante estos últimos años a discutir las visiones oficiales de Hollywood. Un cine propuesto por cineastas jóvenes, cuya principal característica podría encontrarse en su huída de cualquier melodramatismo, de trucos argumentales o servicios a la comercialización de las estrellas. Un cine que si bien no desterraba del todo al habitual de los grandes estudios (y ahí tenemos el reciente estreno de la supertramposa «FIST», de Norman Jewison, donde el mundo de los sindicatos obreros se distorsiona hasta el punto de llegar a conseguir que el espectador desee su desaparición), iba adquiriendo al menos una fuerza incontrolable por los grandes magnates de Hollywood. El «cine direc-

to», es decir un cine que contara como imprescindible el testimonio real de auténticos participantes en los conflictos que se elegían para ser narrados, que no ofreciera más información que la surgida espontáneamente frente a la cámara. De esa forma, no había manipulación de la realidad (si exceptuamos, como es lógico, las inherentes del proceso cinematográfico, desde la selección de puntos de vista de la cámara hasta la organización final del montaje).

Numerosos son los experimentos de este «cine directo». Se presenta ahora en España un título básico de esta escuela, curiosamente premiado por la reaccionaria Academia de Hollywood con el «oscar» al mejor documental de 1977: «Harlan County USA», de Bárbara Kopple.

En la propia aventura del rodaje se encuentra la lógica del «cine directo»: Bárbara Kopple

decidió trasladarse a Harlan County, poblado minero de Kentucky, para rodar un documental sobre la vida de sus habitantes, sobre las secuelas dejadas en ellos por la feroz represión de 1930 cuando los militantes del Sindicato de Mineros (United Mine of America, UMWA) intentaron legalizar su situación sindical. Curiosamente, en 1973, Bárbara Kopple se encuentra con el conato de una nueva huelga, y el rodaje previsto para unas semanas se prolonga durante casi tres años. El conflicto surgido —similar al de 1930— adquiere con las imágenes de su cámara las características de un acontecimiento histórico que no puede ya silenciarse ni reducirse a una masacre más. Es decir, el cine registra la realidad pero al mismo tiempo interviene en ella, condicionándola, mejorándola. Pocas veces el medio cinematográfico ha encontrado una utilidad más noble y trascendente.

Las secuencias de «Harlan County USA», van recogiendo el proceso de esa huelga, la reacción de la patronal enviando esquiroleros y asesinos, la tensión de la espera, las angustias de un pasado que vuelve con la posibilidad de la misma sangre, de la misma violencia. A través de sus imágenes, una parcela de la vida de los Estados Unidos se está desnudando en toda su

miseria y en todo su coraje. La cámara registra impasible, con riesgo de la vida de quien la maneja, unos acontecimientos que permanecerán vivos ya no sólo en la memoria de sus protagonistas, sino en la de los espectadores de todo el mundo. La autenticidad ha reemplazado a la manipulación distorsionadora de un cine empeñado hasta entonces en engañar y hacer sonreír a unos consumidores adocenados. «Harlan County USA» es una bofetada a ese conformismo. Después de conocer la película, las escasas líneas de cualquier periódico registrando la noticia de una huelga lejana, tendrán la fuerza enriquecedora de unas imágenes que han vuelto a la información pública los datos precisos de la realidad.

Pero sin necesidad de esa ampliación de su sentido político, el simple (¿simple?) registro de una aventura humana en el mismo momento de su existencia, más allá del reportaje de noticiario, es decir, con una participación viva, estrechamente unida al acontecer de esa realidad, concreta «Harlan County USA» como una película después de la cual las mentiras de la deformación melodramática y malintencionada, no podrá ser ya como antes. Estamos, pues, ante una película sobre la Historia y que a su vez es histórica. ■ D. G.

«Deutschland im Herbst»

Una reflexión sobre el terrorismo

G. Goicoechea

Alemania en Otoño se estrenó en el Festival de Berlín del pasado año. Era el mes de marzo y los acontecimientos políticos que conforman la película estaban todavía recientes. Apenas habían transcurrido cuatro meses y la polémica y un cierto ambiente de inquietud continuaban. Se pensó que el estreno suponía una valentía por parte de la dirección del certamen. No faltaron, en este sentido, propuestas desde la prensa derechista de algunas capitales germanas. Después del estreno los que habían hecho la película estaban preocupados porque necesitaban que la crítica

fuera positiva, un poco porque siempre se necesita y otro poco para justificar un trabajo que para algunos medios de comunicación, para los políticos (gobierno y oposición) y para un gran sector de la misma sociedad alemana, resultaba casi casi subversivo (delirios totalitarios la encontraban hasta terrorista).

Críticas las ha habido —como siempre— para todos los gustos. Sin embargo, **Alemania en Otoño**, vista hoy en España, resulta un filme más que interesante: Oportuno.

La película es una mezcla de documental e historias de fic-

ción. Hechos reales y hechos irreales —pero no menos verdaderos— se entrecruzan ante el espectador, no formando un discurso de correcta estructura, sino más bien, una serie de reflexiones, de apuntes, acerca del terrorismo; el terrorismo que en esos momentos —septiembre y octubre de 1977— golpeaba al Estado alemán occidental hasta llevarlo a la paranoia represiva y de la reacción de la sociedad, de los ciudadanos de la República Federal, ante los hechos. No hay que olvidar que, mayoritariamente, esa sociedad y esos ciudadanos —sesenta millones de policías que dijo